



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 25 DE FEBRERO DE 2024

Olga de León G. / Carlos A. Ponzio de León

La mecedora de la infancia

MANOS LIMPIAS

OLGA DE LEÓN G.

Pocas, realmente pocas, son las enseñanzas básicas o primarias que aprendemos en nuestra infancia, a base de ejecutarlas diariamente, bajo la supervisión de nuestros padres, principalmente la madre, quien es la depositaria fundamental de nuestra educación en la infancia; del padre aprendemos por lo que en él vemos, por el ejemplo y de quien esté cerca de nosotros: siéntate derecho, no subas los codos a la mesa; come con los cubiertos, no con los dedos; da las gracias y pide todo "por favor"... entre las principales fórmulas de la convivencia y del bien vivir en sociedad.

Sam, como le decía la familia y amigos a Samuel, un niño de nobles sentimientos y nueve años, solía recordar tales enseñanzas y practicarlas, por lo general, a diario.

A la mañana siguiente, la familia viajaría por vacaciones de verano a casa de los abuelos maternos. Ellos vivían en el otro extremo del país, en una ciudad muy bella, tradicionalista, algo estancada respecto de las cosas modernas del Norte, pero muy tranquila: Mérida, Yucatán, la "Ciudad blanca".

Sam amaba a sus abuelos y ciertamente deseaba verlos, lo que no le agradaba mucho era que no disfrutaba de una playa; pues no había mar. Por qué, entonces, su madre insistió en que llevara traje de baño y toalla muy grande, como para ponerla en una hamaca... porque iremos a algún balneario o alberca, para que no extrañes la playa del año pasado; le había dicho con una sonrisa en el rostro, su madre.

No fue sino hasta que llegaron y se instalaron en la casa de los abuelos, quienes para entonces ya vivían solos, que Sam recibió la grata noticia de sus padres de que, dentro de dos o tres días viajarían, llevando consigo a los abuelos, al Caribe, particularmente a Cozumel y, tal vez, también visitarían Tulum y otros pueblos mágicos. El recorrido lo harían por carretera, en su cómodo camión-casa rodante en el que habían viajado desde su ciudad regia hasta Mérida: trayecto que hicieron en dos días, quedándose a dormir a medio camino, en un hotelito de la ciudad capital de la República mexicana, Cd. de México, antes, Distrito Federal. De regreso, se quedarían tres o cuatro días, para visitar a sus tíos que allí vivían y algunos museos que tenían planeado volver a recorrer. Iban en plan de "no prisas". Disponían de tres semanas para descansar de la rutina, del ajeteo diario del trabajo y las presiones del tiempo que impone una ciudad industrial grande, como en la que vivían, y de sus propias actividades laborales y de estudios.

Sam era hijo único, pero educado con esmero y suficientes valores, como para ser colaborativo y no un chico mimado ni egoísta; sino todo lo contrario. No obstante, poco sabía de los peligros y riesgos que implica la vida fuera de lo cotidiano y común, a lo que estaba acostumbrado.

El primer día en casa de sus abuelos, tras la charla de sobremesa entre ellos y sus padres, a Sam le intrigó una frase que



había escuchado del abuelo: "manos limpias". A propósito de un expresidente, cuando lo escuchó comentar con su papá, el yerno del abuelo: ese hombre, lo que menos tiene son las manos limpias. Está metido hasta en crímenes, no solo en raterías y corrupción.

El tema de la corrupción no le era del todo ajeno... en la escuela y por donde quiera, radio, TV y charlas con amigos mayorcitos era de uso común. Pero, manos sucias o no limpias, lo aprendió en este viaje. No se referían a tenerlas lavadas con jabón y agua... Si bien no le resultaba muy claro, intuía su significado.

Ese verano fue estupendo para todos, quizá un poco más para los abuelos, porque los vieron después de cuatro años de no visitarse ni unos ni otros. Los viejos quedaron encantados con el nieto, su hija y el yerno. Y para Sam, quien creció y maduró mucho con ese viaje. Aprendió que "manos sucias", implica una conciencia igualmente sucia. Y, que las pequeñas reglas aprendidas desde la primera infancia no son los mejores principios, sino los que proceden de hacer el bien a los demás, respetarse a sí mismo, respetando a los otros. Y que ser bueno, no basta, es necesario ser congruente entre palabra y acciones.

La vida enseña no solo buenas cosas, también nos enseña que ser y dejar ser, puede resultar una trampa del destino o de las elecciones que hagamos en el camino a vivir con conciencia y sin miedos hacia lo desconocido... Finalmente, eso que no conocíamos, un día lo conoceremos o él nos descubrirá: mejor que no nos tome desprevenidos y tengamos nuestras manos, verdaderamente limpias: de palabra, corazón y hechos.

EL QUE LA HACE...

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Yo estaba muerto de hambre: como la del hombre de las cavernas que es capaz de devorar un dragón, de probar un caldo de culebras o pimentar un metro cúbico de hiedra. No había comido en trece horas, desde las siete de la mañana, cuan-

do desayuné un licuado de manzana con avena que, más que cubrir mi apetito, terminó por destaparlos dos horas después.

Sali temprano rumbo al centro y di las vueltas obligadas de los miércoles: la sesión de fotografías en el Museo Nacional de Arte, el revelado de negativos en un negocio de la calle de Donceles y la impresión de imágenes en un changarrito de 16 de septiembre. Se fue el día y ni oportunidad tuve de echarme un taco. Tenía cita en un salón de eventos, a las cinco de la tarde, en la colonia San Rafael. Arribé a las ocho de la noche. La música en vivo: salsa, se escuchaba desde dos cuartos antes de llegar. En la entrada, la anfitriona me recibió y me condujo a una mesa circular para doce personas, junto a la pista de baile. Mi lugar era el único vacío en ese momento.

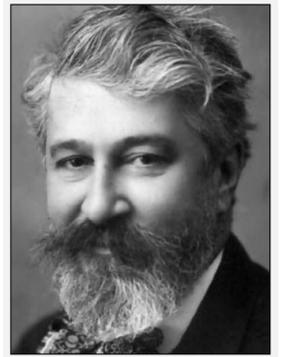
La gente ya cenaba. Me acomodé e inmediatamente se acercó el mesero para decirme: "Se acabaron los platillos, señor, ya no hay nada de cenar, pero tenemos whiskey y ron; ¿qué le sirvo?" Y efectivamente, alcancé a ver cómo, dos mesas a lado, una mesera servía el último plato entre los invitados: a un viejo calvo cuyo rostro me pareció familiar. Yo me quería comer a la mesera, al menos. "Traigame un whiskey", le dije al hombre con resignación, apretujando los dientes.

Observé de lejos al viejo calvo: llamó a la mesera. Algo le señalaba en su plato, luego levantó el pollo con el tenedor y movió el dedo índice de un lado a otro. Ella alzó la vista buscando algo. Encontró al mesero que atendía mi mesa y lo llamó. El hombre se acercó y escuchó atentamente. Luego le dijo algo al viejo. El calvo soltó de un golpe su servilleta sobre la mesa y con la mano extendida, hacía gestos y ademanes exagerados, señalando su plato. (Yo estaba seguro de conocerlo, de haberlo visto antes). Al tiempo, el mesero asentía con la cabeza; finalmente, con firmeza, tomó el plato y comenzó a caminar en dirección a nuestra mesa. Rodeó medio arco hasta que llegó a mi lugar. "¿Gustaría probar el pollo en mole verde, el señor?"

me preguntó. "¡Por supuesto!", le respondí inmediatamente. Entonces colocó el platillo frente a mi persona y me dijo: "En un momento le traigo cubiertos". Se alejó, rodeó la pista de baile y de una mesita redonda junto a la pared, trajo tenedor y cuchillo.

No diría que comencé a cenar gustoso, sino que literalmente tragué como desaforado, sin leyes, casi sin masticar, atragantándome la carmita de la pechuguita del pollito y levantando con el cuchillito el molecito verde que estaba sobre el plato para lamerlo con toda la lengua, con el filo del cubierto rozando mis papilas mientras saboreaba a ciento veinte kilómetros por hora, transitando por la carretera libre de cuota a las siete de la mañana: sin tráfico que me detuviese. Para cuando el camarero regresó con mi vaso de whiskey, el plato estaba limpio como si ya lo hubiese lavado con agua y jabón para trastes. El mesero se fue con el plato a la cocina.

Momentos más tarde, el viejo calvo hizo señas al aire. La mesera se acercó para atenderlo. Ella le mostró su rostro más serio y levantó la vista; luego, la mano. No tardó en arribar un hombre de traje que se plantó junto al viejo vertiendo autoridad por toda su redondez. Escuché atentamente. Cuestionó a la mesera y ella señaló a mi mesero, quien venía hacia mí con otro vaso de whiskey. El jefe se dejó venir con decisión. Lo vi y me dije: "creo que esto ya valió...". El hombre de autoridad se detuvo a unos metros de distancia y llamó al caballero que me atendía. Pude ver que ambos trataban de guardar la compostura, pero escuché claramente... "¿Y el pollo del señor?", preguntó el jefe, señalando la mesa del viejo calvo. "No lo quiso. Se enojó y se lo di a este otro señor", respondió el mesero. Yo desvié la mirada, deseando que me tragara la tierra. "Había que llevarlo a la cocina para que le quitaran el mole y regresásele al caballero de allá", mencionó discretamente el encargado de meseros y continuó: "En fin, el que la hace, la paga", murmuró mientras regresaba con el calvo.



Santiago Rusiñol

(Santiago Rusiñol i Prats; Barcelona, 1861 - Aranjuez, 1931) Escritor, pintor e ideólogo del movimiento modernista catalán, popular figura de la vida bohemia que fue el alma de las fiestas modernistas de Sitges.

Bien cumplidos los veinte años y muerto ya el abuelo, pudo satisfacer plenamente sus ansias de formación artística; asistió con gran aprovechamiento a las clases de Tomás Moragas y frecuentó el Centro de Acuarelistas, del cual fue uno de los fundadores.

Su primera obra literaria importante en catalán fue *Anant pel món*, libro de recuerdos. En 1890 estrena su primera obra escénica: el monólogo *L'home del orgue*. Le siguieron la ya citada *L'alegría que passa*, *El jardí abandonat* y *Llibertat*, obra esta última traducida por Jacinto Benavente y representada en Madrid. A partir de este momento la actividad de Santiago Rusiñol se multiplica como pintor, como novelista y como comediógrafo. Celebraba una exposición anual de sus pinturas en la Sala Parés, siempre conjuntamente con sus fieles compañeros Casas y Claraós, y también cada año publicaba y estrenaba novelas y comedias.

Sus obras dramáticas son representativas de la evolución del teatro modernista: *L'alegría que passa* (1898) y *Cigales i formigues* (1901), de carácter alegórico, presentan la dicotomía entre el artista, entregado a la búsqueda del ideal de belleza, y una sociedad sólo ocupada en los bienes materiales. Emprénde una perspectiva social y la crítica de la política en *Llibertat* (1901), para reconocer la incapacidad del arte como instrumento transformador del mundo. La evolución del modelo de artista mesiánico, crítico e irreductible, preconizado en sus comienzos, cede a la solución pactista en la novela *L'auca del senyor Esteve* (1907), su obra más popular (adaptada al teatro en 1917), donde caricaturiza al paterfamilias de una pequeña tienda de comercio enfrentado al hijo que quiere ser artista. En pleno hundimiento del modernismo, da otra vuelta de tuerca al proceso en *La casa de l'art* (1918), que acusa recibo de la derrota del arte a manos del mundo cotidiano.

Otros títulos de su producción teatral son *Els jocs florals de Canprosa* (1902), sátira contra los certámenes literarios, que habían entrado ya en un período de decadencia; *El mistic*, contra el falso espíritu religioso sin caridad, de tema inspirado en la tragedia de los últimos años de Jacint Verdaguer; *L'hèroe* (1903), obra antimilitarista, estrenada pocos años después de los desastres coloniales y que fue prohibida a la segunda representación; *La fea*, que presenta el caso de la mujer fea que se lanza a la acción revolucionaria como evasión ante sus fracasos amorosos; *El jardí abandonat*, símbolo del aislamiento de un mundo caduco, el de la aristocracia; y *La mare* (1907), exaltación del amor maternal, único sincero y desinteresado.

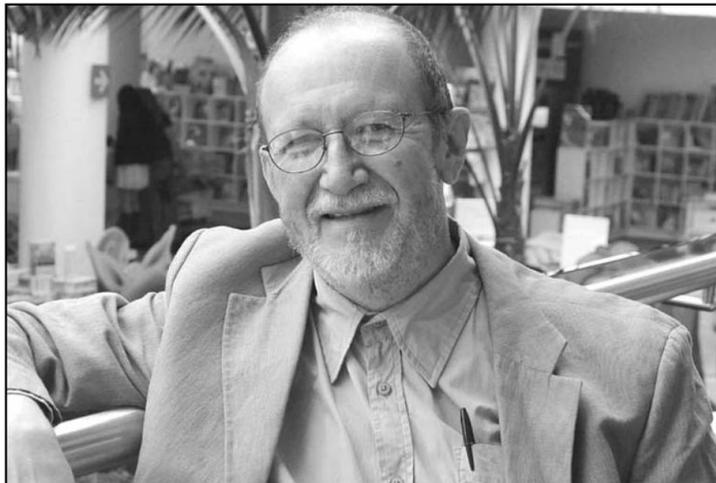
Entre sus novelas cabe citar *El pueblo gris*, *El català de la Manxa*, *La isla de la calma*, *La "niña gorda"*, *El Josepet de Sant Celoni*, etc. Santiago Rusiñol puede ser considerado como el alma del movimiento modernista en Cataluña. Fue un espléndido producto de su tiempo y de su ambiente; desarrolló sus múltiples actividades sin esfuerzo aparente, con arrebataadora simpatía, sin polémicas ni contratiempos.

Mónica Lavín

A los pies del poeta. En memoria de Héctor Carreto

La vida se conjuga en presente y aún me parece difícil aceptar que para hablar del amigo, del poeta, del colega Héctor Carreto tenga que usar el pasado. Lo conocí mucho antes de entrar a la UACM a formar parte de la academia de Creación Literaria cuando se iba abrir el plantel San Lorenzo Tezonco en 2005. Celebré nuestra coincidencia como colegas en un proyecto universitario donde nuestra experiencia o camino como escritores podría acompañar el camino de escritores jóvenes. Fui testigo de cómo se volvió un verdadero mentor para los jóvenes poetas. El grupo de los poetas Con sombrero (lo llevaban puesto) eran los discípulos de Héctor a quien le hubiera molestado la palabra discípulo o que hubiera hecho un poema con ella porque lo suyo, como casi en ningún otro poeta mexicano, era darle la espalda a la solemnidad, hacer de lo cotidiano materia poética, elevar la estatura de las secretarías y los oficinistas (los hombres de bolsillo); con su bagaje de formación clásica, hacer de los autores grecolatinos y las palabras de origen griego un cuenco en donde mirarse con la naturalidad y

empatía de un habitante del siglo XX y XXI. La personalidad afable, cálida y alegre de Héctor transmitía siempre el gusto de encontrarlo en los pasillos, de visitarnos en los cubículos, de coincidir en los comedores frente a la universidad en tiempos prepanemedia. A lo largo de los años, el poeta de cuando en cuando tocaba mi puerta y me firmaba un libro nuevo, como el que reúne poemas de varios libros y que lleve el acertado título de *Todo pasado fue mejor*. Aquí redescubro las aristas diversas del poeta con el que comparto generación y que pudo hacer de Clark Kent el universo de un poemario honrando los cómics de Superman, cuyas aventuras leímos con fruición domingo a domingo cuando los comprábamos en el kiosco. Tomo el libro entre mis manos y me vuelvo a reír como ante los comentarios de Héctor Carreto con esa voz bajita, con esa discreción que disimulaba su elegante ironía y sus opiniones contundentes frente a lo que lo incomodaba. Amigo solidario con quien yo también compartía mis libros, deseosa de que entraran en su ánimo, juntos fabulamos una antología que reuniera textos



de zapatos que nunca hicimos. En este libro que atesoro, con los otros que ocupan un espacio en los estantes más cercanos de mi librero, vuelvo a tropezar con esa manera suya de obsesionarse con los pies y el calzado. Tenía planeado mostrarle unos botines extraños que me había comprado en un viaje. Héctor Carreto en la vida, como en su poesía, daba a lo banal y lo "frívolo" su justo acomodo en el altar de nuestros fetiches y bienestar.

Extrañaré su presencia y los atrevimientos de su escritura que construía epigramas, poemas, minificiones y quién sabe qué estaría explorando en el sabático recién concluido que por por

fortuna disfrutó en la ciudad de Montreal, donde estudió una de sus hijas.

Dice la poeta Dana Gelinás, su esposa, que se desplomó con una sonrisa apacible, como sólo podría corresponder a un poeta que escribió de la muerte misma con un humor encomiable. Lo podemos leer en *Inscripción*: Se entregó en cuerpo y alma a la poesía; fue inmortal mientras vivió. Pero se equivocó. Su voz permanece como constancia de su entrega en vida. No sé si alguna vez le dije que cuando jugaba a Superman con los primos yo siempre quería ser Lina Luna, aunque Clark Kent prefería a Luisa Lane. Y que le agradecía que nos hubiera hecho eternas en su poesía lúdica.

ad pèdem literae

Si de verdad vale la pena hacer algo, vale la pena hacerlo a toda costa

Gilbert Keith Chesterton

Letras de buen humor

Los ángeles pueden volar porque se toman a sí mismos a la ligera

Gilbert Keith Chesterton